

CARTA LINGÜÍSTICA.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Eibar 25 de Junio de 1886.

Muy Sr. mio y amigo de mi mayor consideracion: ántes de proseguir el curso de nuestras análisis, creemos conveniente hacer una excursion por el campo gramatical, á fin de reponer á la característica de plural *e* en la posesion de las funciones que le señalara el inolvidable Astarloa, y de las cuales ha sido posteriormente privada por motivos de que nos harémos cargo en el presente remitido, para probar á los filólogos que sus divergencias sobre este punto concreto de nuestra gramática, no tienen razon de ser, desde el momento en que siguiendo las huellas del sabio bizcaino hemos logrado reconstruir el signado primitivo de aquella onomatopeya *e*. Entremos, pues, en materia.

Es á todos notorio que el sugeto paciente de singular de nuestro nombre definido *gizona* (el hombre) y el agente tambien de singular del mismo *gizonak* (el hombre) tienen el plural comun *gizonak* (los hombres) en el cual se advierte que la primitiva *e* ha sido sustituida en sus funciones por la consonante *k*.

Pues bien; esta sustitucion no explicada hasta la fecha, ha hecho creer á los filólogos que la *k* es el signo del plural euskaro, induciéndoles á pensar así el hecho por otra parte cierto de que en las lenguas literarias mejor conocidas, el sujeto invariable en los diversos casos de la declinacion, es en efecto el que recibe el signo de pluralidad. El razonamiento en que se han apoyado para ello puede condensarse en el siguiente enunciado: la voz castellana *hombre* al transformarse en *hombre-s* ha recibido una *s* que es el signo del plural de aquella lengua, como la voz euskara *gizona* (el hombre) al pluralizar en la forma *gizonak* ha recibido una *k*; luego (se ha añadido) esta consonante *k* es el signo del plural euskaro como la *s* lo es del castellano: *post hoc ergo propter hoc*.

Mas es el caso que al razonar de este modo, no se han fijado bien en que las características de los casos ó relaciones del nombre en el bascuence, son otros tantos subfijos que al unirse con aquel cambian y modifican su estructura orgánica, al paso que estas mismas características en las lenguas modernas son otras tantas voces sueltas que con los nombres de artículos y preposiciones se anteponen al nombre, que por esta razon permanece inalterable. Pongamos un ejemplo. El castellano dice *hombre, el hombre, del hombre, á ó para el hombre* sin que la voz *hombre* cambie, no obstante las modificaciones que sufre su signado, al paso que estas mismas frases se vierten al bascuence por sus correspondientes *gizon, gizona, gizonak, gizonan, gizonari*, en las cuales se ve que la estructura de la voz *gizon* se modifica y cambia, al par que cambian las relaciones ó el estado de su signado.

Si, pues, se hubiera tenido más presente esta construccion bien conocida, como la tuvo nuestro insigne Astarloa, hubieran advertido que todos los demas casos, excepcion hecha del sugeto agente y paciente pluralizan por medio de la *e*.

En efecto, el genitivo posesor *gizonan* (del hombre) tiene su plural *gizonen* (de los hombres), el dativo recipiente *gizonari* (á ó para el hombre) *gizoneri* (á ó para los hombres), el instrumental *gizonagaz* ó *gizonakin* (con el hombre) *gizonegan* ó *gizonekin* (con los hombres), el adverbial *gizona-gana* (sobre el hombre) *gizonegana* (sobre los hombres), &c.^a, en todos los cuales se ve que la *a* del singular cambia en la *e* del plural.

Pero hay más aun: el sugeto mismo, y repárese bien en lo que decimos, no obstante la anomalía arriba citada, se pluraliza en nuestros verbos por medio de la misma característica *e*. Pongámos ej.—*Dau* sing. (ÉL lo ha) *daube* ó *dabe* pl. ELLOS lo han; *eban* sing. (ÉL lo habia) *eben* pl. (ELLOS lo habian): *Dauha* sing. (ÉL lo tiene) *dau-ke* pl. (ELLOS lo tienen): *eukan* sing. (ÉL lo tenia) *euken* pl. (ELLOS lo tenian): *Deusta* sing. (ÉL le ha) *dzutsé* pl. (ELLOS lo han): *eutsan* sing. (ÉL le habia) *eutsen* pl. (ELLOS le habian): *Deusta* sing. (ÉL me ha) *deuste* pl. (ELLOS me han): *eustan* sing. (ÉL me habia) *eusten* pl. (ELLOS me habian), etc. etc. Luego es evidente de toda evidencia que la *e* es el signo del plural euskaro, y al asegurarlo así nuestro gran filólogo Astarloa, sabia muy bien lo que se decia, y han errado cuantos se han apartado de este maestro, como han errado al abandonar aquella sencilla clasificacion de relaciones primarias y relaciones secundarias que tanto simplifica el estudio de nuestra declinacion.

¿Cuál ha sido, pues, nos preguntarán, la causa que ha motivado la anomalía de que hemos hablado más arriba? Nada más fácil de adivinar si en ello se para la atención, y se tienen presentes las leyes fonéticas del bascuence, explicadas por el distinguido euskarólogo nuestro paisano Campion, y si sobre todo se tienen presentes los cambios que acarrea el juego de las vocales.

En efecto, siendo la vocal *a* (signo de la naturaleza sensible) la característica de nuestro nombre definido y su letra terminal, y la vocal *e* nombre de la mujer-hembra, símbolo de la reproducción, la característica de plural que debe unirse á la primera, resulta que la forma primitiva del plural euskaro ha sido el diptongo *ae* que debía desaparecer si se habian de cumplir y realizar las leyes fonéticas de nuestra lengua. Luego según esto, el plural primitivo en las voces arriba citadas ha sido, sin que pueda haber duda ninguna sobre el particular, *gizon-a-e* para el sugeto-paciente, *gizonack* para el agente, *gizona-en* para el genitivo posesor y *gizonaeri* para el dativo recipiente, etc.

Ahora bien; los dos últimos se transformaron en *gizon-En* y *gizon-Eri* por supresión del diptongo *ae* con elisión de la *a*, y se distinguen perfectamente del singular *gizonan* y *gizonari*; mas en el agente *gizonaek* no se pudo eliminar la vocal *a*, pues en este caso se hubiera transformado en *gizonck* que se confunde con el agente de singular del indefinido, (véase la gramática de Campion) y la lengua no podía atender contra aquella clasificación fundamental de indefinidos y definidos que la había vivificado, y sin la cual no hubiera podido nacer á la vida. Por esta razón eliminó la *e* y en su consecuencia *gizon-a-e-k* convirtióse en *gizon-ak*, que también se confunde con el agente de singular del mismo definido, por un defecto inherente á nuestra lengua, pero poco perceptible, puesto que el verbo se encarga de suplir esta deficiencia, según hemos visto más arriba. (Nota 1.^a) Respecto del paciente *gizonae* se comprende que no podía ser objeto de las mismas elisiones, puesto que si se elimina la *e*, queda *gizona*, y dicho paciente hubiera carecido de plural, lo mismo que el agente; si por el contrario se elimina *a*, queda *gizone*, que es insostenible, entre otras razones, porque en virtud de aquellas leyes de regresión que se realizan en las lenguas lo mismo que en la naturaleza, la mayoría de nuestras voces definidas terminan en *ia*, que es el artículo definido íntegro de nuestra declinación primitiva, de lo cual hemos tratado en otro lugar.

Para vencer, pues, estos obstáculos sin alargar la dicción de un

modo enojoso, el bascuence se vió obligado á reforzar la débil y fugaz vocal *e* con la fuerte y robusta *k*; mas esta eleccion no fué ni el fruto de una convencion imposible de establecer, ni tampoco el resultado de caprichosa casualidad, porque esta, dígase lo que se quiera, nada ha engendrado en las lenguas. Léjos de eso, la *k* signo de sugeto agente y como tal, el símbolo tambien de toda fuerza, de todo principio activo, unida á la *e* nombre de la mujer-hembra, principio pasivo dentro de la entidad humana, y el símbolo tambien de la reproduccion, nos indica claramente que en el pensamiento de la lengua, lo mismo que en las inmutables leyes de nuestra lógica, toda pluralizacion ó reproduccion se efectúa por el concurso de los dos principios activo y pasivo, que cooperan á la misteriosa obra de la generacion en la naturaleza creada. Tal es el sentido que tiene la *k*, nota accionaria, unida á la *e* signo de plural.

Los que no quieran dar crédito á nuestras palabras, reparen, sin embargo, que esta fuerte y robusta *k*, expresion de toda accion, de toda energia, y símbolo de la fortaleza del varon, es el pronombre afijo del varon de nuestros verbos masculinos, al paso que la suave y delicada *n* tomada de las primeras articulaciones de la tierna criatura, es el pronombre afijo de la mujer en nuestros verbos femeninos. Por esta razon, hombres y mujeres indistintamente decimos *entzui-k artui-k* (oye, toma) cuando nos dirigimos á varon, al paso que decimos *entzui-n, artui-n*, cuando nos dirigimos á mujer ó niña.

Coincidencia singular esta de que vamos á hablar, pero que careceria de todo valor si nuestra lengua, con su incomparable sencillez, su mucha pureza y sus formas arcaicas no hubiera venido á revelarnos, merced á las análisis del desdeñado Astarloa, que las letras del alfabeto humano son notas arrancadas al pecho del hombre por las impresiones que recibe del mundo exterior que le rodea, primeras onomatopeyas sobre las cuales habia de fundar más tarde el maravilloso edificio de su palabra. El Profesor Vinson, en su obra *Lingüística y Etnografía*, dice, en efecto, lo siguiente: «las lenguas americanas tienen verbos alocutivos, esto es, masculinos y femeninos lo mismo que el bascuence, y los Iroqueses, entre otros, se sirven de la *k* cuando se dirigen á los hombres, y de la *n* cuando se dirigen á las mujeres;» esto es, aquellos pueblos hoy salvajes hacen de dichos pronombres afijos el mismo uso que hacemos nosotros. Ante estos hechos y otros de que aún hablarémos, sobran los comentarios. En resúmen: la *k*

unióse á la *e* y en su consecuencia, *gizonak* convirtiése en *gizonaek* para pasar luego por las mismas transformaciones morfológicas que el sugeto agente: de aquí nació su plural comun *gizonak*.

Para disipar toda duda sobre este punto concreto, fijese el lector en los pronombres de tercera persona, que son *a* para el paciente, y *ak* para el agente; la forma primitiva de plural de estos pronombres, (que, sea dicho de paso, son el nombre definido de la persona), es, segun la regla citada, *ae* para el primero y *aek* para el segundo, y por la adición de la *h* al paciente, *aek* para ambos. Pues bien; como la eliminacion de vocales no era posible en este monosílabo, la lengua adoptó otro temperamento para evitar el hiato, interponiendo al efecto entre ambas vocales la consonante de ligadura *r*, que tan alto papel desempeña en nuestra lengua con este carácter: de aquí nació su plural comun *arek*, hoy en uso, y en el cual se ve claramente la *h*, signo agente de la reproduccion unida á la *e*, instrumento de la misma.

Hemos concluido la demostracion prometida, mas, puesto que hemos tocado este punto, no podemos ménos de decir á los lectores que el bascuence tiene además en sus verbos otros dos signos de pluralidad, que tampoco han sido definidos y clasificados, y estos dos signos, *i*, *z*, corresponden á las personas pacientes y á las recipientes, como puede verse en los ejemplos siguientes: *deutsa* (él *le* ha); *deutsa-z* (él *les* ha); pl. *Deuts E* (ellos *le* han), *deuts-ez* (ellos *les* han): aquí se ve claramente que la *z* pluraliza el dativo recipiente ó complemento indirecto *le*, al paso que la *e* pluraliza el sugeto ó nominativo *él*.

Pongamos otro ejemplo: *Dau* (él ha); *ditu* (él *los* ha); pl. *Dab-E* (ellos *lo* han); *ditu-E* (ellos *los* han): aquí se ve que la misma *e* pluraliza siempre el sugeto ó nominativo *él*, mas la *i* pluraliza el paciente ó acusativo *lo*. Por esta razon, y no por otro motivo, esta *i* llegó á sustituir la primitiva *e* en nuestro auxiliar pasivo y decimos: *Da* (*él* es) *dira* (ellos son); *zan* (*él* era); *zran* (ellos eran), en lugar de *dir-E* ó *diri-E*; *ziren* ó *ziri-en*, que apénas se usan más que en localidades muy limitadas y raras, y aun en estas creo que lo hacen por un abuso de lenguaje, puesto que la particula *an* es la característica de nuestro pretérito imperfecto.

Ahora bien: ninguno de estos detalles carece de interés, cuando se trata de la lengua que ha sido la madre de las que hablan los pueblos civilizados. En efecto; *e*, *i*, *z=s*, son los signos del plural de la lengua latina: la *e* de su primera declinacion y de los adjetivos femeni-

nos sing. *musabona*; pl. *mus-ae bon-ae*; la *i* de la segunda y de los adjetivos masculinos: *Dominus* primitivamente *Dominu-bonus*, pl. *Domini boni*; la *s=z* de la tercera declinación, etc.—*homo* pl. *homines*. ¿De quién tomó, pues, aquella lengua estos signos euskaros? Sus hijas pluralizan con la *s=z*, y el inglés adoptó este signo latino importado por los Normandos, mas el viejo anglo-sajon pluralizaba con la *e* como lo demuestra *man* (hombre) y *men* (hombres), y pregunto yo ¿de quién tomó aquella vieja lengua el signo de plural euskaro? El Aleman á su vez pluraliza con la misma *e*, y este y el anterior heredaron este signo de su comun antecesor el viejo gótico ó indo-germánico, hermano del latin, é hijo este del bascuence. ¿De dónde, pues, tomaron así los unos como los otros aquella característica nuestra? El Mandjour dice *ama* (padre), *eme* (madre), *amkha* (suegro), *emkhe* (suegra), *gagha* (macho), *geghe* (hembra), *gagan* (resuelto y atrevido), y *gegen* (irresoluto, débil), y no es preciso ser muy lince para conocer que en estas expresiones la *a*, grito natural del hombre-varon y su nombre primitivo en la lengua, hace referencia al varon, al paso que la *e*, grito natural de la mujer y su nombre primitivo, hace referencia á la mujer, exactamente lo mismo que en nuestras voces *a-arr* y *emi*, más gráficas, más expresivas y arcaicas que aquellas. ¿Quién enseñó, pues, á aquella lengua Turaniense hablada por una raza tan diferente de la nuestra, el valor fisiológico orgánico de aquellos gritos naturales?

El Magiar dice *atya* (padre), *atyak* (los padres), como el bascuence dice *aita* (padre) y *aita-k* (los padres). El Soumi y el Estoniano *karbu* (el oso), *karbu-t* (los osos), y Charencey, de quien tomo estas notas, dice que varios idiomas Fineses solo usan del signo *t* en el plural de los nominativos, y que en los demás casos pluralizan por medio de la *i*, exactamente lo mismo que nosotros, y añade que dichas *t* é *i* turanienses son análogas y tienen indudables relaciones con la *k* y la *e* nuestras, esto es, que $t=k$ y $e=i$. Ahora bien: ¿quién ha enseñado á estas lenguas el valor de la fuerte y robusta *k*, pronombre afijo del varon en nuestros verbos, y signo de sugeto agente ó del principio activo de la reproduccion ó pluralizacion? ¿Quién ha enseñado el valor de *e*, nombre de la hembra, instrumento de reproduccion y signo de pluralizacion de nuestros nombres?

Aquilaten los filólogos el valor de estas casualidades mientras nos preparamos á darles nuevas y mayores sorpresas, y entre tanto, dán-

dole á V. las más expresivas gracias por la insercion de este largo y enojoso artículo, se repite de V. cual siempre su afmo. y S. S. Q. S. M. B.

JOSÉ DE GUIASOLÁ.

NOTA 1.^a El plural *gizonak* de los franceses se debe, pues, á la permutacion simple de la *a* de *gizonak*, su forma lógica, en *e*, y ha sido motivada sin género de duda por la influencia que ejerce sobre nuestros vecinos el gério de su lengua nacional, que tambien cambia en *e* muda, las palabras latinas acabadas en *a*, diciendo *inertie*, *ineptie*, en lugar de *inercia*, *ineptia*, etc. Lo cierto es que *gizonak* en lugar de *gizonak* ataca la clasificacion más fundamental de la lengua, y bueno es tener presente este hecho para cerciorarnos, contra la opinion de muchos, de que dichos dialectos más que los nuestros han perdido su primitiva pureza por la influencia que ejerce en ellos el elemento céltico, diferente del ibero nuestro antepasado.

NOTA 2.^a *K* es la exclamacion que sale del pecho del hombre en los ejercicios violentos, y puede sorprenderse fácilmente en los leñadores, etc. Por esta razon ha llegado á ser la nota accionaria y el signo de sugeto agente de todas nuestras oraciones activas: con este signado ha formado las voces *katu*, *katu-a* (gato) y su equivalente latina *catus*, nombre muy propio aplicado á aquel animal de presa; *kako* *kako a* (garfio, gancho, y el mitológico ladron *Caco*; *kate*, *kati-a* (la cadena), y la latina *catena*; euskara *katigatu* (encadenar) la latina *capere*, etc.; mas como esta interjeccion se produce tambien en el desempeño de una funcion fisiológica que no es permitido nombrar, y de ella se sirven las madres para enseñar á las criaturas á ejecutar aquel acto fuera de sus pañales, poniéndoles en vasijas adecuadas y repitiéndoles el *k*, *k*, *k*: esta consonante ha servido en el latin y el bascuence para designar cosas que indican ó recuerdan el desprecio, disgusto ó carencia: tales son *kendu*, *keri-i-a*, *kei-a*, *kakatsu a*, quitar, canalla, careo, es, ere, latinas etc.